

ATENCIÓN Y ESCUCHA a la familia

QUISIERA fijarme en siete retos que se le plantean a la Iglesia universal en el ámbito de la atención pastoral a la familia. Sin duda hay muchos más...

Mon. Rino Fisichella, señalaba hace unos años con acierto y clarividencia que: «En los últimos decenios, dar razón de la fe no parece haber apasionado mucho a los creyentes. [...] algunos han pensado que una cansina repetición de fórmulas pasadas pudiera constituir un bastión de defensa, sin darse cuenta que solo eran arenas movedizas. Pensar que la nueva evangelización pueda realizarse con una superficial renovación de formas pasadas es una ilusión de la que debemos alejarnos. Ciertamente, la solución tampoco está en la extravagancia de inventar novedades sólo para satisfacer al hombre contemporáneo».

Ni cansina repetición de fórmulas pasadas ni una superficial renovación de las mismas; ni tampoco la extravagancia de inventar novedades solo para satisfacer al hombre contemporáneo... Un primer reto consiste en acertar a movernos hacia adelante evitando, por un lado, la cansina –y cómoda– repetición (y, por ende, la atención tan solo a «los de siempre») y, por otro, la tentación de «cambiar por cambiar», sumando una experiencia tras otra, sin conexión, ni orden ni concierto.

En estos años del pontificado de Francisco estamos asistiendo al reconocimiento de la familia como sujeto privilegiado de evangelización. Parecería que el Papa quisiera ayudarnos a mirar y escuchar a la familia de forma nueva, aun con más respeto y dulzura... Incluso parecería que el Papa quisiera comenzar su soñada conversión pastoral de la Iglesia, precisamente, por la pastoral familiar.

En mi opinión, un segundo desafío radica en ser capaces de entender y colaborar en el proyecto e invitación «franciscanas» a la conversión pastoral, a esa «opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda



estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación» [EG 27].

El tercer reto, derivado precisamente de la conversión pastoral, lo constituye la necesidad de ofrecer una auténtica «atención a la diversidad». También en la familia nos encontramos con necesidades diversas, con búsquedas diferentes, con momentos vitales cambiantes... ¿No ha llegado ya el momento de personalizar incluso más nuestra atención a la familia? ¿Cómo es posible que sigamos ofreciendo los mismos itinerarios y horarios a matrimonios con hijos pequeños y a matrimonios de «abuelos»? ¿No estaremos dando una imagen de la familia católica sesgada por ideologías que no se caracterizan especialmente por su capacidad de diálogo?

Un cuarto reto reside en ayudar a todos a contemplar a la familia como el papa Francisco nos invita: «espero que cada uno [...] se sienta llamado a cuidar con

amor la vida de las familias, porque ellas no son un problema, son principalmente una oportunidad» [AL 7]. Qué gran servicio a la Iglesia y al mundo ha prestado el papa Francisco al invitarnos a «contemplar a Cristo vivo y presente en tantas historias de amor» [AL 59], al recordarnos que «nuestra tarea pastoral más importante con respecto a las familias es fortalecer el amor y ayudar a sanar las heridas» [AL 246], al repetirnos que «cada matrimonio es una historia de salvación» [AL 221] y que «la fuerza de la familia reside principalmente en su capacidad de amar y enseñar a amar» [AL 53]. Este reto conlleva también, acallar el discurso amargo y apocalíptico que, en algunos ámbitos católicos, se escucha sobre la familia.

Otro de los desafíos que la Iglesia tiene en su atención integral a las familias es el de dejarse guiar por dos elementos: el sentido común del Pueblo de Dios y, aún más importante, esa capacidad tan presente en Jesús de conmoverse a la vista de la miseria o de la desgracia humana. Conmoción que le vuelca hacia quien sufre y le hace capaz de cambiar la situación. Difícilmente podremos acompañar a familias en su caminar si no utilizamos el sentido común, tan importante para no caer en prácticas cercanas a lo absurdo. Difícilmente podremos acompañar a familias, especialmente a aquellas que experimentan heridas en su carne, si no sentimos que se nos conmueven las entrañas.

Finalmente, en mi opinión, hay dos retos que brotan de la *Amoris laetitia* que constituyen «novedad» y en los que los agentes de pastoral podemos prestar un servicio de calidad: el énfasis en la preparación al matrimonio (y acompañamiento en los primeros años de casados) y el itinerario de discernimiento ofrecido para personas divorciadas en nueva unión.

Soy consciente que, hoy por hoy, incluso tras la publicación de la *Amoris laetitia* (que en algunos ámbitos ha sido recibida de forma inmisericorde y hostil), hablar de acompañamiento y discernimiento constituye discurrir por un terreno delicado (yo creo que porque, en el fondo, muchas personas, incluso religiosamente cultivadas, no saben lo que son ni el acompañamiento ni mucho menos el discernimiento). Pero es evidente que merece la pena correr el riesgo, porque este terreno está habitado por hijos e hijas de Dios que sufren y que, a menudo, se encuentran desorientados, perplejos, y, en ocasiones, enfadados... Hijos e hijas de Dios que, en ocasiones, se han sentido abandonados, incomprensidos y tratados injustamente por su Iglesia y sus pastores.

Hoy la familia constituye una frontera a la que estamos llamados a acudir. Necesitamos promover un iti-

nerario eclesial que busque construir puentes, atender, cuidar y acompañar a tantas familias que tienen sed de compañía, respeto, dulzura y esperanza. Estamos llamados a admirar la belleza de tantas familias, acompañarlas en su salud y en su enfermedad, en su riqueza y en su pobreza... Debemos trabajar decididamente para que TODA familia, se sienta en la Iglesia como en su casa. Para que TODA familia se sienta integrada en la vida diaria de la Iglesia y esto significa que se sienta integrada en nuestras homilías, en nuestras intervenciones públicas, en nuestros medios de comunicación, en nuestras instituciones educativas, sociales y pastorales.



Como creyentes, debemos ser conscientes que Dios ya está habitando TODA familia en sus circunstancias concretas. Dios nos precede siempre, y ya está trabajando y dándose a esa familia concreta. Para TODA familia, Dios ya es misericordia cordial, alegría auténtica, abrazo gratuito y corazón abierto antes de que nosotros lleguemos. Estamos llamados a dirigirnos a la frontera de la familia, pero siendo muy conscientes que nosotros vamos siempre detrás del Dios de la misericordia, el Dios de Jesucristo, el Dios Padre-Madre que nos sigue sosteniendo, día a día, por amor.

Como familia grande eclesial, somos enviados a la familia para ayudar, pero también para aprender; para dar, pero también para recibir; para consolar, pero también para ser «edificados»; para hablar, pero sobre todo para escuchar. Y es que no nos lo acabamos de creer, pero en muchas ocasiones, no acompaña mejor, no ayuda más, quien mejor habla, sino quien mejor escucha.

PABLO GUERRERO, SJ
Instituto Universitario de la Familia
Universidad Pontificia Comillas